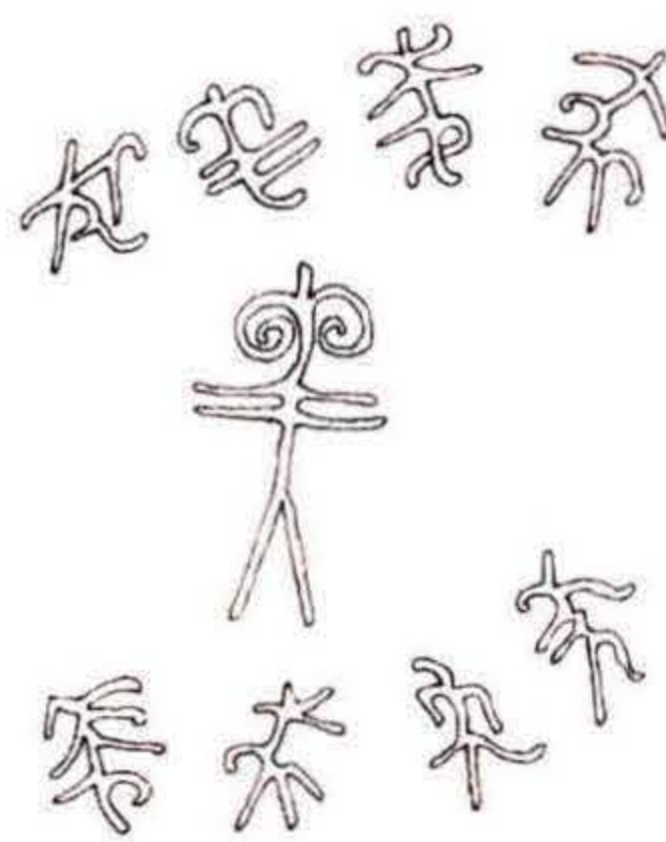


bre el propio pueblo", como dice Jaramillo, "respondiendo a expectativas y necesidades de tanta universalidad como se hayan podido absorber". concluye, tres años antes de nuestra carta constitucional del 91. En definitiva: no basta cambiar de Constitución para solucionar los males; una "constitución revolucionaria sería la que diera una contestación al pueblo entero [...] Entre tanto, podemos buscar nuestra 'constitución' en otras partes". La quinta sección del ensayo, "Nuestra infirmitad", es una crítica a la carencia de sentido histórico que ha caracterizado a nuestros gobernantes y hombres públicos. Para los protagonistas de nuestra historia ésta no tiene valor, pues se trata de "una especie de duración vacía [...]", ya que es algo semejante a la "circularidad del curso épico y el tiempo mítico de *Cien años de soledad*". A partir de este punto, Jaramillo recae de nuevo en el retoricismo y los conceptos retorcidos, esta vez alrededor del tiempo y las dimensiones espaciales para reforzar el sentido de nuestra parálisis histórica o, como él mismo la denomina, nuestra "antehistoria [...]". La última de las seis secciones, "Arte del sentir indígena", no podía ser más retórico y gaseoso. Así, "la plasmación de la estética de nuestro sentir se abre paso a través de [la *Silva a*] la agricultura de la zona tórrida de Bello, que se entrova libre de sentimentalismos; luego de haber sido tronchados los sentimientos indígenas que de no transformarse en revolucionarios (como en las filas de los naturalistas) tenían que manifestarse subterránea si no decadentemente, en un paisaje recién conquistado por Europa [...]". Se suponía entonces que esta parte estaría referida concretamente al "sentir indígena", pero sigue y concluye apartada por completo del tema referido, pues se limita a una diferenciación entre Bello y Chateaubriand, "[...] cuyo baldío sentimiento del paisaje americano acaba por plagar la literatura del continente [...]. Algo bien lejano de la expectativa propia de Humboldt, La Condamine, G. E. Hudson [...]". Sobre la conclusión a la que llega Jaramillo al final de esta parte, el lector podría encontrar desarrollos y análisis más sustanciosos, puesto que se trata de algo que, además de conocido como teoría, ha sido tratado, como se dijo, con

más amplitud: es el caso de nuestra forma de afrontar la realidad, que es siempre emocional. Jaramillo expresa a propósito de esto: "Que nuestra emocionalidad haya sufrido un desarrollo mayor que nuestra emotividad está conectado con el desenvolvimiento del sentimiento sobre la sensibilidad [...]". Pero, en seguida agrega, y es aquí en donde de alguna forma, por demás velada, hace alusión a lo indígena, al entenderse que la característica anotada antes de modo general es inherente a la condición indígena en particular, a la que identifica al fin como "el pasado latinoamericano". Como se decía más arriba, el lector, si estuviese interesado en desarrollos más sustanciosos sobre estos temas, podría remitirse, por ejemplo, a Fernando González, el pensador antioqueño, quien, en su libro *Los negroides*, plantea puntos de vista más originales y valerosos y para los cuales recurre al apoyo de una supuesta característica fisiológica nuestra, como sería la "irritación meníngea", la cual determina a su vez una inmadurez emocional que es la verdadera causante, en última instancia, de nuestro escaso desarrollo emocional.



Finalmente, en el tercero y último capítulo de su libro, "Goethe y Bolívar", Jaramillo se esfuerza por plantear un paralelo imposible entre el poeta alemán y nuestro Libertador. Como era de esperarse, esto hubiera sido casi imposible desde el punto de vista de las personalidades de ambos, tan disímiles y alejadas de cualquier semejanza o punto en común. Y no precisamente porque el uno haya sido un poeta, un humanista puro y el otro un guerrero y un estadista, sino porque la esencia humana del uno y del otro diferían profundamente. Jaramillo, como si hubiese comprendi-

do esto desde el principio, elige, para salir del paso, establecer otro tipo de diferencias, unas de carácter puramente histórico, otras remitidas al quehacer mismo de cada uno de ellos, o cuando más con base en algunas afinidades respecto de preferencias o puntos de vista sobre el clasicismo, no obstante que el enfoque que tuvieron ambos sobre éste sea por completo diferente. Si para Goethe el clasicismo constituyó la fuente misma de su creación como poeta y como humanista, para Bolívar fue sólo un modelo ético o, cuando más, un venero de imágenes retóricas para sus discursos y proclamas. Pero, aparte de este aspecto, los contrastes anotados por Jaramillo sobre ambos rebasan las afinidades, y son, así mismo, superficiales, casi pueriles: "Un Goethe más olímpico habría podido confundir a Bolívar con un aventurero cruel y rápido cuando la ocasión lo exigía [...]" o, también: "Bolívar tuvo de César la edad de su muerte, su carácter revolucionario, el cesarismo, un Bruto que fue Vargas Tejada [...]". Con generalidades gaseosas de este tipo, el ensayo sobre estos grandes hombres no deja, finalmente, ninguna enseñanza, tanto por las afinidades como por aquello que pudiera diferenciarlos. La sensación que queda de este libro, después de su lectura, es pobre. A la larga es dable pensar que su autor buscaba hacer sólo un ejercicio retórico al mejor estilo grecocaldense.

ELKIN GÓMEZ

Niños teleadictos o en *El universo en expansión*

María de los Dinosaurios

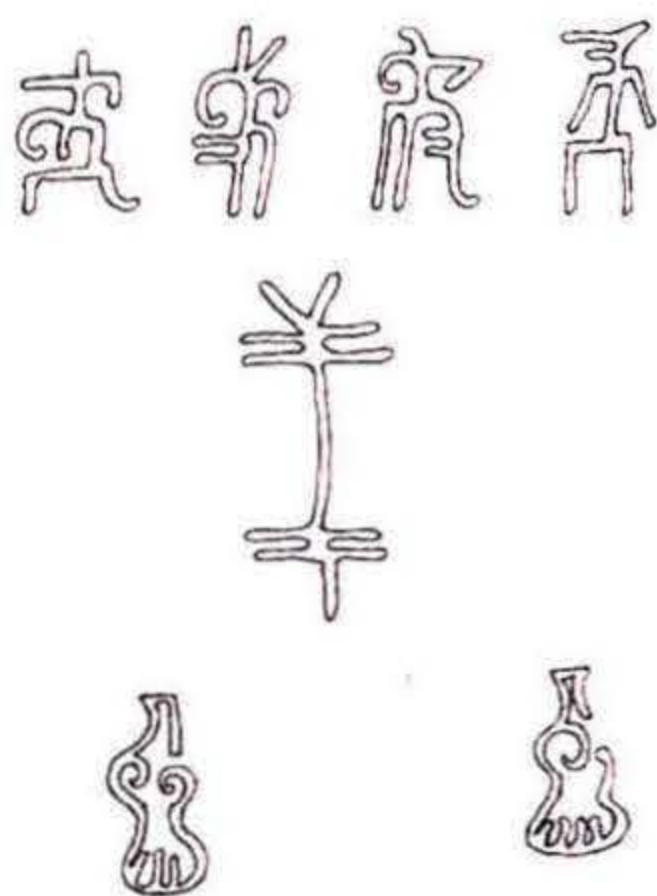
Yolanda Reyes

Ilustraciones de Ivar Da Coll

Editorial Norma, colección Torre de Papel, Bogotá, 1998, 84 págs.

En una investigación de carácter socioliterario realizada por el investigador Sergio Andricain, doce profesio-

nales de distintas disciplinas, vinculados todos a la edición, el estudio y la recepción del libro para niños, brindaron sus criterios con el fin de determinar cuáles fueron los títulos más significativos de la literatura infantil y juvenil colombiana publicados durante el período que va de 1977 a 1996¹. Diez de los expertos consultados señalaron como una de las obras de mayor mérito *El terror de sexto B y otras historias del colegio*, de la autora Yolanda Reyes, publicada en 1995 dentro de la colección infantil de la Editorial Alfaguara y, con sus votos, colocaron dicho texto en el primer lugar de esa suerte de *top ten* literario.



Llama la atención que el primer libro de una escritora haya obtenido tan excelente acogida entre críticos y profesionales del libro infantil. Las razones de la favorable recepción se encargaron de aclararlas los propios especialistas consultados, al fundamentar su juicio en elementos como la calidad de la escritura, la autenticidad de las situaciones extraídas del universo estudiantil preadolescente y la introducción de un subgénero que, si bien resulta muy abundante dentro de las letras anglosajonas para niños, cuenta con pocos exponentes de calidad en el ámbito nacional: *the school story*.

La aparición de *El terror de sexto B y otras historias del colegio* constituyó, en efecto, un aporte renovador, que introdujo un soplo de aire fresco en una literatura lastrada, con honrosas excepciones, por la solemnidad, la fantasía gratuita y estereotipada, los mensajes morales explícitos (o casi) y el pseudolirismo, consecuencia del abuso

tropológico. Yolanda Reyes propuso, en su colección de relatos, personajes parecidos a los niños de carne y hueso y conflictos verosímiles, todo ello aderezado con un estilo directo y comunicativo, en el que la ironía —a veces sutil, a veces punzante— desempeña un papel primordial.

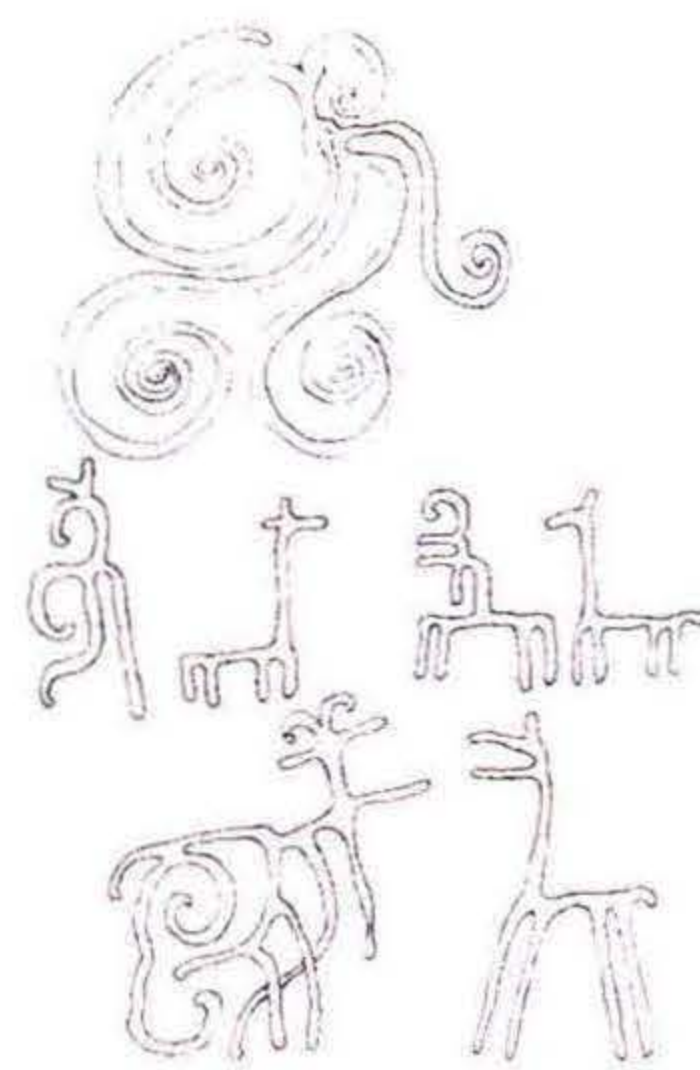
Después de una tarjeta de presentación tan elogiada, era lógico que los interesados en el campo de las letras para la niñez aguardáramos con curiosidad el segundo libro de la autora. ¿Continuaría explorando la temática de los preadolescentes, las travesuras en el ámbito escolar, el descubrimiento del amor? ¿O, acaso, preferiría dar un giro de ciento ochenta grados y sorprender con asuntos y tratamientos formales inesperados? Para despejar las incógnitas, llegó *María de los Dinosaurios* (1998), una narración corta, bien diferente de su antecesora, que podríamos catalogar como una suerte de cuento de hadas contemporáneo, como una original y desenfadada parábola sobre la relación del consumidor infantil con los medios de difusión masiva y las nuevas tecnologías.

En esta oportunidad, Yolanda Reyes escoge como protagonista a una niña teledicta, de esas que pasan largas horas frente a la pantalla del televisor. María posee una extraordinaria destreza para el *zapping*, salta de un canal a otro, de un programa a otro, de un anuncio publicitario a otro, como una avezada lectora de mensajes televisuales previsibles y reiterativos. Su madre la regaña tímidamente, le advierte que cualquier día terminará “con los ojos cuadrados”; pero sus reclamos de adulta para que descansa un rato de los efectos hipnóticos de la televisión son tan poco convincentes que María hace caso omiso de ellos. Lo más probable es que, en el fondo, la madre esté feliz de tener en casa esa maravillosa nodriza electrónica, tan económica y obediente, a quien no hay que pagar prestaciones ni conceder días libres, siempre dispuesta a cumplir en todo momento, y sin chistar, sus funciones de guardiana y *enterteiner*.

Como una nueva Alicia, María transita del universo real de su entorno doméstico al plano fantástico de *El universo en expansión*, una de las muchas

series de televisión que suele mirar. Como todo héroe (o heroína) que se precie de serlo, en su incursión por los territorios maravillosos llevará un objeto mágico que la auxiliará para vencer pruebas y sortear peligros. Las varitas mágicas, los talismanes y los anillos encantados son sustituidos, en esta narración, por un útil tanto o más poderoso que ellos: el control remoto del televisor.

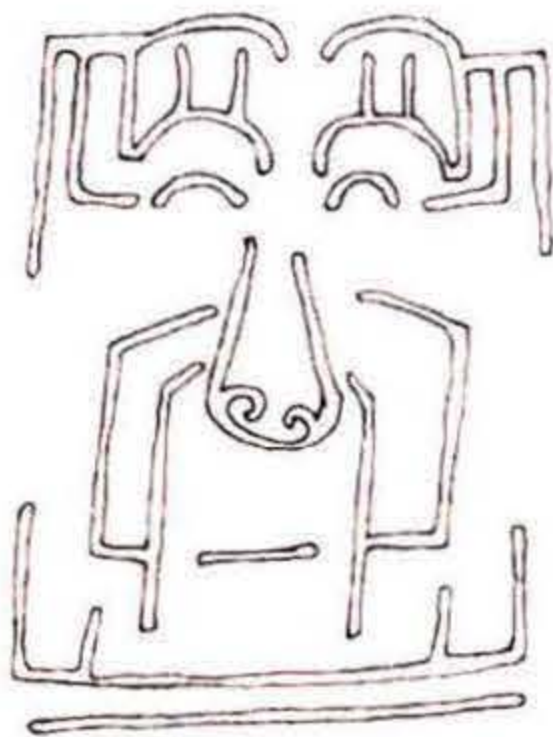
Los personajes que habitan en *El universo en expansión* son un científico malévolo y obcecado con sus experimentos en torno a la realidad virtual, quien responde al elocuente nombre de Polimorfo Perverso, y su criado asistente, llamado Exterminio. Esta pareja reproduce, con visos humorísticos y paródicos, la relación dibujada por Mary Shelley entre el doctor Frankenstein y su monstruo. Uno de los principales aciertos de *María de los Dinosaurios* es la caracterización del torpe y simplón Exterminio, criatura altamente imperfecta, que se comunica con quienes le rodean entremezclando las escuetas frases que es capaz de construir con versos del poeta nicaragüense Ernesto Cardenal, materia poética que no se sabe cómo hace cortocircuito en su cerebro defectuoso.



Polimorfo Perverso ordena a su sirviente capturar nuevos niños teledividentes para utilizarlos como conejillos de Indias en sus experimentos científicos, y es así como María resulta atraída, por medio de unos rayos, al universo-otro de la televisión. Detrás de la pantalla —al igual que la heroína de Carroll cuando atravesó el espejo—, María ten-

dra que enfrentar situaciones inesperadas y peripecias, y salvar la vida de su compañero de escuela Mateo, quien ha perdido la voluntad y no tiene el menor interés en retornar al plano real.

El recurso del protagonista infantil que, de manera voluntaria o involuntaria, abandona su espacio real circundante y se introduce en el universo de lo que acontece dentro del televisor dista mucho de poseer un carácter original. Es un motivo que ha sido utilizado por distintos creadores de la literatura infantil contemporánea; cabe recordar, entre ellos, al italiano Gianni Rodari con su novela breve *Zip en el televisor*. El matiz novedoso, en el texto que nos ocupa, lo aportan el carácter nada didáctico ni edificante del relato y, de manera especial, la riqueza y variedad de elementos formales presentes en su composición.



El lenguaje da cabida, con mucha frescura, a una serie de términos propios del lenguaje de los computadores, de internet, de los videojuegos, de los anuncios comerciales y de las series televisuales de dibujos animados centradas en temáticas de ciencia ficción. A partir de no pocos estereotipos léxicos y de la trillada dramaturgia infantil de los seriados de la televisión, Yolanda Reyes construye un texto altamente paródico en el que la cercanía de los referentes hace que el niño lector (y, con toda seguridad, televidente) se sienta como pez en el agua.

La fábula es sencilla y su solución, pese a los enredos y tropiezos que no faltan en la trama, previsible. María (rebautizada con el sobrenombre "de los Dinosaurios" por sus peligrosos captores) conseguirá, a fuerza de voluntad y de perspicacia, y también con la ayu-

da de su objeto mágico y de la buena fortuna, no sólo vencer al Mal y regresar incólume al plano de la realidad, sino traer de vuelta consigo al atontado Mateo. Como en los cuentos maravillosos, el Bien resultará triunfador, aunque, a diferencia del consabido final donde los personajes "vivieron felices para siempre", el desenlace aquí da cabida a matices irónicos e inquietantes que convidan a la reflexión acerca del papel que desempeñan los medios de difusión masiva dentro del tiempo que los niños dedican al esparcimiento.

Cabe destacar, entre los elementos composicionales, dos que contribuyen con singular eficacia al estilo contemporáneo y desenfadado del libro. Por una parte, el incisivo uso de las mayúsculas, que, además de introducir matices expresivos en el registro del narrador, nos remite al lenguaje de las instrucciones y de los cómics; por otra, la presencia de intertextos provenientes de la literatura del *rock* en español. Se trata de fragmentos de letras de canciones de Soda Stereo y Charly García que, a manera de guiños al lector adulto, la autora incluye de forma muy natural y picaresca a lo largo de la narración.

Para elaborar los dibujos que acompañan el texto, y acentuar sus vínculos con el mundo ficcional de los *mass media*, el ilustrador Ivar Da Coll optó, acertadamente, por recrear el lenguaje del *pop art* que caracteriza la producción de Roy Lichtenstein. La figuración, el manejo de los encuadres, la ausencia de profundidad y el uso de letras hacen que las ilustraciones engarzen de maravilla con el tema y el tono escogidos por la escritora.

La televisión, que tantas veces se ha servido de las obras literarias para crear sus productos, se convierte, en esta propuesta, en materia para la ficción. A diferencia de pensadores y teóricos como Mac Luhan, Eco o Gubern, la autora de *María de los Dinosaurios* no formula hipótesis ni pronósticos acerca de los efectos de la relación niños-televisión. Lejos de satanizar un medio que, en dependencia del uso que se le dé y de la calidad de los mensajes que difunda, puede tener un carácter cultural o no, Yolanda Reyes prefiere, simplemente, ejercer de cronista. Su testimonio, si bien sesgado por lo hi-

perbólico, lo fantástico y lo satírico, es expuesto a un ritmo vertiginoso que no deja por ello de convidar al análisis crítico. Quienes esperaban, como resultado de la lectura de la obra, un pronunciamiento moral, quedarán defraudados. La problemática de la teleadicción, sus circunstancias familiares y consecuencias de diversa índole, se plantean en *María de los Dinosaurios* desde una dimensión esencialmente humorística y poética. Al igual que sucedió con *El terror de sexto B*, este segundo libro de Reyes aporta una buena dosis de complejidad, irreverencia y búsquedas expresivas en una literatura infantil tan poco dada a la experimentación y a salirse de lo trillado como la que, en términos generales, se publica en Colombia.

ANTONIO ORLANDO RODRÍGUEZ

¹ Sergio Andricain. "Los libros más significativos de la literatura infantil y juvenil colombiana", en *Agenda Cultural*, Bogotá, núm. 96, febrero de 1999, págs. 22-25.

Por la esquina del viejo barrio

Yo, Rubén Blades: confesiones de un relator de barrio

Sergio Santana Archbold

Ediciones Salsa y Cultura, Medellín, 1997, 211 págs.

Walter Benjamin, aquella oveja negra medio genial que tuvo la escuela de Fráncfort, soñaba con escribir un libro compuesto íntegramente por citas bibliográficas, diferenciándose, tal vez, de cierta hipocresía que se disfraza de edición propia para robar ideas ajenas. Sergio Santana, sin necesidad de cazar pelea con media intelectualidad contemporánea, concretó su libro de citas publicando una "autobiografía armada, no autorizada" de Rubén Blades donde, hincha fervoroso, presenta a su ídolo ante un público colombiano que sólo lo conoce fragmentariamente. Para ello conversó con cuanto loco hay en la viña del Señor que le gusta la salsa, consultó montones de artículos periodísticos, en-